

En vano tal osadía
Querido hubiera impedirle,
Y en vano algunas palabras
De justo enojo le dice.
El hombre pasa y no escucha;
Le llama... le grita y sigue;
Y allá hácia el fin de la calle
Vuelve á pararse impasible.
A poco rato el mismo hombre
Paso á paso se dirige
Otra vez á la ventana;
Y esto que advierte la Tisbe
Toma la carta del suelo,
Aguarda que se aproxime,
Y con desprecio tirándosela
Que despeje le repite.
Cerró los vidrios de golpe,
Pero ni tiempo consigue
Para encajar la falleva,
Porque el hombre, que se sirve
De ambas manos, deteniéndolos
Con vigor irresistible
Volvió la carta diciendo :
« Sin respuesta no he de irme. »
Y al ir palabras mas duras
Colérica á dirigirle,
Apareció el Torrigiano
Y palideció la Tisbe.

Torrigiano. ¿Qué es eso, Tisbe?

Tisbe. Un infame

Que dos veces ha pasado
Y ese papel ha tirado
Por la reja.

Torrigiano. El papel dame,
Que á lo que veo él ha huido :
Mas ¿qué tiemblas, alma mia,
No ves que de su osadía
Tú la culpa no has tenido?

Tisbe. ¡Ay Pedro! que ese papel
Me da recelos fatales,
Y me parecen puñales
Cuantas letras hay en él.

Torrigiano. ¡Calla, inocente!

Tisbe. No le abras,

Pedro.

Torrigiano. ¿Saber no es mejor
De qué mal es portador?

Y al fin, son cuatro palabras.

(Abriendo la carta, á Tisbe.)

Pero, Tisbe, es para tí;
Tu nombre al principio viene...
Veamos lo que contiene,
Y escucha, que dice así.

(Lee.)

« Tisbe, elige : está en tu mano
« Mi ventura y tu sentencia :
« Un dia de resistencia
« Da la muerte al Torrigiano. »

Tisbe. ¡Ay, Torrigiano, ay de mí!
Que con mi negra hermosura
Te traje la desventura,
Y acaso muerte te dí.

Torrigiano. ¿Mas qué misterio penetras
En ese papel, que á voces
Mi muerte auguras? ¿Conoces
Quién hizo, Tisbe, esas letras?

Tisbe. No, lo adivino no mas :
De un villano que en tu ausencia
Con inaudita insolencia
Me enamoró son quizás.
Toda Sevilla corrió,
De casas mudé esquivándole,
Y logré desorientándole
Vivir escondida aquí.
Cobréle un horror intenso
Desde el momento de verle,
Y solo supe temerle,
Y no lo bastante pienso.

Torrigiano. ¿Y porqué no me has mostrado
A ese traidor cara á cara,
Y en mis brazos acabara,
Que era morir muy honrado?

Tisbe. A verte una noche vino
Y en mi cuarto me encerré,
Como quien siente y no ve
Los pasos de un asesino.

Y ni escucharos osaba,
Porque tal horror sentía,
Que aun de su voz si la oía
No sé que me recelaba.

Torrigiano. (Desesperado.)

¡Y yo, necio, se la dí,
Se la llevé yo, en persona...!
(A Tisbe.)

Y viendo aquella Madona
Que se parecía á tí,
¿No lo adivinabas tú?

Tisbe. Temí, Pedro, que tus zelos...
Torrigiano. ¡Cargue, voto va los cielos
Con tu miedo Belcebú!

¡Ira de Dios, y qué á punto
Con mi maldita escultura
Yo mismo de tu hermosura
Fuí á presentarle el trasunto!
¡Por ella su lengua fátua
Me hará de irrisión objeto...!
¡Maldito si no le meto
En el cerebro la estatua!

Y esto el escultor diciendo
La espada en el cinto pone,
Y desatinadamente
La mano en el picaporte.
No basta que de rodillas
Ante él la hermosa se postre,
Ni que las suyas abraçe,
Pues sus intentos supone;

Que ni advertencias admite,
Ni frios consejos oye,
Ni lo que intenta concibe,
Ni ve lo que se propone.
El hombre en aquel momento
Solo necesita un hombre,
Y pues encontrarle es fuerza
Sin duda que sabe en dónde.
Quedóse la Tisbe sola
Y á los vidrios asomóse,
Los ojos llenos de lágrimas,
Y el corazon de temores.
Así estubo largo tiempo,
Sin que distraerla logren
De sus pensamientos tristes
Y negras cavilaciones,
Ni de la luz reflejada
Por el cristal los colores
Brillantes, ni las figuras
De la calle, ni las voces.
Hasta que vuelta á sí misma
De los cristales quitóse,
Y viendo aun en el suelo
El papel infausto asíóle.
Tendió sin ver lo que hacía
Los ojos por sus renglones,
Y helóse al ver estos cuatro,
No leídos hasta entonces.

« Esta profana escultura
« Diviniza una pasión,
« Y enviada á la inquisición
« Os abre la sepultura. »
Lanzó la infeliz un grito,
Y como el tiro conoce,
Hácia el palacio del duque
Desatentada corre.

V.

El sombrero hasta las cejas,
Fiera y sombría la cara,
Atenazados los dientes
Y echada al hombro la capa,
Como una sombra fatídica
De algun panteon escapada,
Por la escalera del duque
Audaz Torrigiano avanza.
De cuatro en cuatro las sube,
Y un tramo tras otro gana,
Cual si en preparar con tal brio
Alguna apuesta ganara.
Las salas resuelto cruza,
Y á detenerle no bastan
Las señas de los porteros
Y las voces de los guardas.
Al uno con un bufido

De ira ó desprecio espanta,
Al otro de una embestida
Derriba en tierra de espaldas.
Y así sin mas miramientos
Llegó de una en otra estancia
Del gabinete del duque
Hasta tocar la mampara.
Asíola del picaporte,
Y por si en abrirse tarda,
Con sacudida violenta
Del quicio la desencaja.
Sintió el estrépito el duque,
Y al ir á volver la cara
Ya el Torrigiano tenia
La mano en su hombro posada.
« ¿Qué me queréis, señor mio?
— Mi escultura.

— Está comprada.

— Ahí tenéis vuestro dinero,
No quiero venderla, dádmela. »
Y el Torrigiano en la mesa
Tiró el saquillo de plata
Que en precio de la escultura
Recibió por la mañana.
Rióse el duque, y le dijo :
« ¿Sabe, buen hombre, á quien habla?
¿Sabe que solo mi voz
Para aniquilarle basta? »
Rugió el Torrigiano de ira,
Y dijo con voz ahogada :
« Será si la dejo yo
Que pase por la garganta;
Y no piense que eso es solo
Lo que á mi cólera basta.
Ahora venga la escultura,
Luego, pues dagas y espadas
Tenemos, y hombres nacimos,
Saldrá de aquí lo que salga. »
Y abalanzándose rápido

A las puertas que la estancia
Tras de la mampara cierran,
Con resolución esclama :
« O defendeos, ú os mato,
Que os juro que vuestra carta
Otra respuesta no tiene
Que un párrafo de estocadas. »
Y ya sin otro remedio
Asió el duque espada y daga,
Y trabóse la contienda,
Que por Dios que fué empeñada.
El artista, que se sirve
Cual del cincel de su arma,
El pecho de su contrario
A cada momento amaga.
Y aunque de audaz y valiente
Con reputacion sobrada,
No se dió por muy seguro
El duque, que ya pensaba

En ganar tiempo, aunque acaso
 Toda la honra costara;
 Mas la rapidez del otro
 Hasta la voz le embargaba.
 Y se perdían sus ojos
 Y sus manos no bastaban
 A parar tan recios golpes
 Y tan recias cuchilladas;
 Y aunque muy bien se defende,
 Que al fin le va vida y fama,
 Ya en el rincón de una puerta
 El escultor le acorrala;
 Y ya el feroz Torrigiano,
 Que ve cerca su venganza,
 En coserle contra el quicio
 Con negra intención pensaba,
 Cuando tremendo tumulto
 Que por de fuera se alcanza
 Llegó en confuso desorden
 Hasta la pieza inmediata.
 Crujía asida la puerta
 Y caer amenazaba,
 Y miedo el duque perdía
 Y el Torrigiano esperanza.
 Aquel ganaba terreno,
 Y así la lid comenzada
 Cambió de aspecto en un punto
 De consecuencia y de causa,
 Porque al dar el Torrigiano
 En una pared de espalda,
 Se abrió al empuje, de lienzo
 Una puertecilla falsa.
 Cayó en aquel aposento,
 Cerró el duque, y en la estancia
 Donde quedó el escultor
 Topó con su efigie infausta.
 Y rebosando despecho
 Y de otro enemigo á falta
 « ¡Maldita seas! » la dijo,
 Y dióla una cuchillada;
 A cuyo momento entrando
 Pages, corchetes y guardias,
 Dijo señalando el duque
 Los pedazos que rodaban:
 « A la inquisición llevadle,
 Las imágenes maltrata;
 Si se resiste unos grillos,
 Y si grita una mordaza. »
 Lanzáronse al Torrigiano,
 Que en la triunfante mirada
 Que le lanzó su enemigo
 Vió bien lo que le restaba.
 Tomaron pues los pedazos
 De la destruida estátua,
 Y desgarrado el vestido,
 Las manos atrás atadas,
 Sacáronle del palacio
 Entre broqueles y lanzas,

Y echaron al santo oficio
 Atravesando la plaza.

CONCLUSION.

¿Qué te valió, buen soldado,
 Con noble empeño lidiar
 Para comprar con tu sangre
 El sol de tu libertad,
 Si Pisa y el Garigliano
 Solo en tu memoria están
 Como bajeles perdidos
 En la llanura del mar?
 ¿Qué te valieron, artista,
 Tus largos días de afán,
 Tus largas noches de vela
 Y de esperanza tenaz,
 Si en tus cadenas traidoras
 Tu gloria se va á estrellar,
 Y no habrá en tu sepultura
 De tu nombre una señal?
 ¡Sueños de la juventud,
 Sueños de gloria fugaz
 Que en un negro calabozo
 Fuisteis al fin á parar;
 Cifras con que fulminaron
 Una sentencia fatal,
 Su acogojada memoria
 No tiraniceis jamás!
 Delirios de amor dichosa
 Que vinisteis á alumbrar
 De su tormentosa vida
 El continuo vendabal,
 Id á vuestras alas viento
 En otra ánima á buscar,
 Y en sus cadenas dormido
 Al pobre artista dejad.
 Dejad que duerma un instante,
 Y ese instante pueda hallar
 Entre sus sueños febriles
 De triste felicidad.
 ¡Ay, cuán duro, Torrigiano,
 Te va á ser el despertar
 Al rumor de los cerrojos
 Y á la odiosa realidad!
 Duerme tranquilo, soldado;
 Reposo un momento mas,
 Que al cabo así no es tan duro
 Con el castillo volar.
 Duerme sin temor, artista,
 Que los nudos del dogal
 El laurel de tu corona
 No han de poder deshojar.
 Duerme, despechado amante
 Que á morir por tu amor vas,
 Y no temas de tu Tisbe
 Un olvido criminal.
 Duerme, mientras sollozando

Bajo tus rejas está,
 Y sus suspiros te roba
 Ai airecillo fugaz.
 En vano á tus carceleros
 Ansiosa fué á preguntar.
 En vano oró largas horas
 En la santa catedral;
 En vano quiso á tus jueces
 Con lágrimas conquistar,
 Que ni la tierra ni el cielo
 Oído á sus penas dan.
 Sí; mientras tú te resuelves
 A morir en soledad
 Y á darle muerta la carne
 Que quieren ver palpitár,
 Ella resuelve contigo
 Llegar á la eternidad,
 Y al pié de tu calabozo
 Cuando espire, espirar.
 Que está segura que su alma
 Saldrá tu alma á buscar,
 Y cuando aliento te falte
 Aliento la faltará:
 Tierna paloma que el grano
 No sabe sola encontrar,
 Y espira cuando la falta
 Quien alimento la da.
 Duerme, Torrigiano, duerme,
 Que es muy duro despertar
 Al rumor de los cerrojos
 Y á la odiosa realidad.
 Oyéronse por defuera
 Rudamente rechinar,
 Y abrió el escultor los ojos
 A la negra oscuridad.
 Y aun de los lazos del sueño
 Sin poderse desatar,
 El ruido oyó, y el soldado
 Preguntó altivo: ¿Quién va?
 Pero al ver con sus linternas
 La gente del tribunal,
 La noble cerviz al pecho
 Tornó el misero á doblar.
 Y para oír su sentencia,
 Dada sin juicio quizás,
 Aguardó en mustio silencio
 A que quisiesen hablar.
 « ¿Cómo os llamais? »
 — Torrigiano.
 — ¿Sois de Florencia?
 — Es verdad.
 — ¿Soldado?
 — Con una espada,
 No lo podríais dudar.
 — ¿Teneis amor á las armas?
 — Si os dieran una...?
 — ¡Ojalá! »
 Y á esta idea el escultor

Como quien la puede usar,
 Echó mano á su cintura,
 De donde faltaba ya.
 Lanzó el artista un suspiro,
 Y tornándose á sentar
 Dijo en derredor mirando:
 « Es inútil, despachad. »
 Siguió preguntando el hombre
 Deletreando á la par:
 « ¿Habeis hecho aquesta imagen?
 Y el triste á pregunta tal
 Volvió los ojos á su obra
 Y al cabo... rompió á llorar;
 Y echando al busto los brazos
 Con desesperado afán,
 Pidió que antes de romperla
 Se la dejaran besar.
 Lo cual demencia juzgado,
 Y deseando abreviar,
 Por respuesta le leyeron
 El pergamino fatal,
 Donde sin apelacion
 Con tres palabras no mas
 Al fuego le condenaba
 Por herege el tribunal.
 Volviéronle pues el rostro,
 Y uno ó compasivo asaz,
 O no alcanzando en qué uso
 Aquel madero ocupar,
 Dijole con befa estúpida:
 « ¡Vaya, buen hombre, tomad! »
 Y el busto de su Madona
 Le echó á los piés al cerrar.

—
 Cuando á la fin de tres días
 Llegó la hora tremenda
 De cumplir en Torrigiano
 El rigor de su sentencia,
 Llegaron hasta su encierro
 Los que debían ponerla
 Por obra, y los seis cerrojos
 Descorrieron de su puerta.
 A voces y por su nombre
 Le llamaron desde fuera,
 Mas sus voces se perdían
 En lo hondo de la caverna.
 Tornaron á llamarle ellos
 Y á faltarles la respuesta,
 Hasta que asiendo una antorchita
 Penetraron en la cueva.
 « Vamos, dijeron, herege,
 Que está ya ardiendo la hoguera. »
 Y en faz amenazadora
 Avanzaron á su presa.
 Mas Torrigiano yacía
 Inmóvil, y sentado en tierra

Las manos en las rodillas,
Y en las manos la cabeza,
Que asidas convulsamente,
Y enclavijadas con fuerza,
Guardaban algun objeto
Que se adivinaba apenas.
« ¡Arriba! » á gritar tornaron;
Pero mirando su inercia
Empujáronle con ira
Y dió de rostro en la tierra:
Rodó por el pavimento
Aquel busto de madera,
Que el rostro de una Madona
En su Tisbe representa,
Y á sus piés quedó tendido
El escultor, que les deja
Su gloria con su cadáver
De su ejecucion en prenda.
Que quien nace hidalgo y fiero
No puede con la vergüenza
De acabar con ignominia
En una pátria estrangera.
¡Pobre Tisbe! ¡cuán en vano
En ese dintel le esperas
Pasando noches y días

Del santo oficio á la puerta!
Resuelta estás á morir
Sobre esas heladas piedras,
O á ver otra vez al alma
De tu marchita existencia;
Mas como ese tribunal
Jamás su víctima suelta,
Colige de ambos á dos
Cuál es, Tisbe, la sentencia.

Y pues solo el Torrigiano
En su desventura fiera
Aguardó para morir
A poder delante de ella:
Y Tisbe amor tan inmenso
Para el Torrigiano encierra
Que ser no sabe sin él
Ni alentar donde él no alienta:
Aquellas dos nobles almas
La una de la otra existencia
Al cielo á la par volaron,
Y si hay Dios ¡dichosas ellas!

RECUERDOS Y FANTASIAS.

INTRODUCCION.

Broté como una yerba corrompida
Al borde de la tumba de un malvado,
Y mi primer cantar fué á un suicida;
¡Agüero fué por Dios bien desdichado!

Al eco de este cántico precito
Dijo el mundo escuchándome: « Veamos; »
Y sentóse á mirarme de hito en hito:
Y el mundo y yo por mi primer delito
Desde entonces mirándonos estamos.

Dejemos á los muertos en reposo
Y que duerman en paz, si es su destino,
Harto haremos en mar tan proceloso
Como es la vida en encontrar camino.

Yo el mio me busqué por las turbadas
Ondas de aqueste mar, y mi barquilla
Por medio de otras muchas que estraviadas
Vogar sin rumbo vi desesperadas,
Procuré conducir hácia la orilla.

Velé, gemí, con angustiado lloro
Volvíme al cielo y acudí á la ciencia:
¿A la ribera tocaré? Lo ignoro;
Solo sé que la tengo en mi presencia.

Al verla, aunque de lejos, lancé un grito,
Y á impulso de recóndito misterio
Dióle la soledad eco infinito,
Y fué, tornado en cántico maldito,
A espirar en mitad de un cementerio.

Yo sentí que la turba me aplaudia
Y ánsio de gloria al corazon hallando
Dije dentro de mí « la tierra es mia. »
Y con mayor afán seguí cantando.

Creí de Dios mi soberano aliento,
De arcángel mi poder; mi alma altanera
Me arrebató hasta el alto firmamento,
Y la religion azul del vago viento
Estremecí con mi cancion primera.

Atrás dejé las águilas que miran
Con ojo audaz al sol, atrás quedaron
Las nubes que relámpagos respiran,
Los soles mil que por espacios giran
Donde mortales ojos no llegaron.

Creí el mundo á mis piés, alcé la frente
Para cantar mi orgullo, y mis oídos
Del medio de una nube refulgente
El acento de Dios omnipotente
Oyeron de pavor estremecidos.

« Canta, dijo una voz, tal es tu suerte,
Pero canta en el polvo que naciste,
Allí donde jamás han de creerte:
Canta la vida, mientras va la muerte
A sí llamando tu existencia triste. »

Dijo, y me echó á la tierra y á la vida,
Y al impulso de su hálito divino
Con cántiga risueña ó dolorida
La soledad alivio del camino:
Y cumplo así la ley de mi destino.

I.

Inunda, paz sabrosa,
Mi corazon tranquilo,
Y dichas y deleites
Encuentro por dó quier:
Mi sér halló en mi alma
Inalterable asilo,
Mi espíritu respira
El ámbar del placer.

Ya nada me atormenta
Ni envidia ni deseo:
Mi espíritu al abrigo
De la tormenta está:
Pasar á las edades
Indiferente veo:
Mecido en dulces sueños
Mi pensamiento va.

Y á veces me arrebatá
Mi loca fantasía